

Memories of State: Politics, History, and Collective Identity in Modern Iraq

Eric Davis, University of California Press, 2005, pp.385

Este libro, fruto de un largo proyecto de investigación iniciado por el autor en los primeros años 80 al que sólo pondrá fin la caída del régimen de Saddam Hussein en 2003, analiza en gran profundidad el ambicioso proyecto del partido Baath de re-escribir la historia de Irak, transformar las memorias colectivas y proveer, así, de una identidad compartida al pueblo iraquí. Al ofrecer la rara oportunidad de contemplar el proceso de formación estatal de un país desde el prisma de la política cultural, la obra de Davis se distingue de la mayoría de estudios políticos sobre Irak generalmente basados ya en explicaciones estructurales à la Moore³ o à la Skocpol⁴ (como hiciese ejemplarmente Batatu)⁵ ya en aproximaciones históricas más tradicionales como en el caso de los bien conocidos estudios de Marr,⁶ Tripp⁷ y Farouk-Sluggett and Sluggett.⁸ Al proponer que la estabilidad de un Estado se sustenta sobre su capacidad de establecer un “conjunto incuestionado de mitos fundacionales necesarios para la emergencia de un sentido de identidad colectiva” (p.2) el autor estudia la importante cuestión de la identidad y el nacionalismo árabes. Ello resulta de especial interés ya que Irak ofrece el escenario a pequeña escala de la tradicional batalla ideológica entre el nacionalismo árabe y el nacionalismo estatal que ha configurado la realidad del mundo árabe.⁹ El marco analítico, basado en el concepto de hegemonía de Gramsci, presentado en la introducción, permite a Davis ir más allá de una narrativa sobre la lucha entre dos ideologías en pugna en la

comprensión de su impacto sobre el proceso de construcción estatal. La hegemonía describe la capacidad de las elites políticas no sólo de imponer un orden político, sino de subsumir éste en una visión global sobre la ciencia, la filosofía y la moral para que, de este modo, el mismo semeje surgir del “orden natural de las cosas”. Davis se propone examinar si el nacionalismo árabe, el nacionalismo iraquí o cualquier otra ideología alternativa destinada a general una memoria e identidad colectivas, así como las propias oscilaciones sufridas por el régimen de Saddam Hussein, pueden ser explicadas en función de la habilidad del partido Baath en institucionalizar las “memorias del Estado”.

Aunque el estudio de Davis se centra en la política cultural, la distribución de los contenidos del libro es cronológica. Los capítulos segundo a cuarto abarcan el período comprendido desde la creación de la monarquía iraquí bajo el mandato británico (1920-32) a partir de la unión de los tres gobernados otomanos (Mosul, Bagdad y Basra) hasta la Revolución de Julio de 1958 que pondría fin al gobierno hashemita. A estos capítulos le sucede un largo análisis en el capítulo quinto del primer gobierno revolucionario dirigido por ‘Abd al-Karim Qasim, nacionalista iraquí cuyo rechazo de unirse, en septiembre de 1958, a Egipto y Siria en la República Árabe Unida constituirá un gran golpe para el auge del Panarabismo en Oriente.¹⁰ Davis muestra que a pesar de la gran popularidad de Qasim

entre las clases medias y bajas, el nacionalismo iraquí -con independencia de su discurso inclusivo- fracasó en contener o incluso asimilar a los intelectuales de otras ideologías.¹¹ Los dos primeros años del régimen de Qasim estuvieron marcados por ambiciosos intentos de re-escribir la historia en términos puramente iraquíes en detrimento de la idea de una identidad árabe común. A pesar de ello, tanto la todavía dominante clase alta sunni, como las clases medias permanecerían bajo el influjo de la euforia pan-árabe. El sexto capítulo examina cómo el relativamente pequeño partido Baath, que disfrutaba inicialmente de escaso apoyo popular, fue capaz de controlar el poder con tanta firmeza. La causa principal debe atribuirse a un nivel de represión sin precedentes a cargo del aparato de seguridad comandado por Saddam Hussein. Sin embargo, la represión, como destaca Davis no es suficiente para explicar la calma política existente entre 1968 y 1979. La causa hay que encontrarla en el aumento del capital proveniente del petróleo, que permitió no sólo emplear a grandes partes de la población en el sector público, sino también incorporar a organizaciones sociales en el Estado y en la estructura del partido Baath. Así, en consonancia con el concepto gramsciano de hegemonía, Davis examina si más allá de la coerción, la política cultural de régimen Baath creó el consentimiento necesario entre la población árabe para con su gobierno. Es de destacar que el partido Baath no promovió una ideología pan-árabe pura sino que recurriría al mesopotamismo para crear una imagen de liderazgo político en la unidad árabe apropiándose de la cultura popular para alcanzar a grandes

sectores de la población. La reescritura del proyecto histórico tenía como objetivo incitar a todas las comunidades a asimilar una “auténtica” identidad secular árabe iraquí. Los tres capítulos finales estudian en profundidad como el creciente culto a la personalidad de Saddam Hussein, terminó, irónicamente, por minar la fuerza original del proyecto ideológico del partido Baath. Este proceso se vería acelerado por el estallido de la guerra entre Irán-Irak en septiembre de 1980 y la campaña *Quadisiyat* de Saddam que le describía como un moderno *Sa'd Ibn Abi al-Waqqas* (comandante árabe que derrotó a las tropas de los infieles Sasania en Qadasiya en el 637) . Entretanto, el propio partido Baath se había visto progresivamente debilitado y transformado en un “régimen de familia”, lo que conduciría a un megalómano y paranoico Saddam a basar su poder sobre la combinación de redes de dependencia, lazos tribales y represión brutal.

Davis cierra su libro con la esperanza de que su estudio “demuestre la falacia de que los Estados pueden imponer una visión hegemónica de la política sobre la sociedad mediante la captación financiera y la intimidación física”. La hegemonía sólo puede tener éxito si enraíza sus orígenes en la sociedad y no en el aparato estatal” (p.282) Sin embargo, al centrarse únicamente en las elites políticas e intelectuales, el autor descuida el análisis sistemático de las relaciones entre Estado y sociedad. Como consecuencia de ello, el impacto concreto de las diferentes políticas culturales sobre las diversas fuerzas sociales resulta incompleto. De hecho, analizado en los propios tér-

minos gramscianos que utiliza el autor, ni el nacionalismo árabe ni el estatal crearon un liderazgo total en la sociedad civil. Otras realidades culturales, sociales y convicciones existentes resistieron a ambas ideologías. En este sentido, resulta sorprendente la poca atención que el libro presta al Islam, los movimientos políticos chiítas, los movimientos kurdos o incluso las políticas tribales. Por último, Davis no afronta los efectos de la ideología pan-árabe en la propia formación del Estado y en la capacidad de sus instituciones de general políticas gubernamentales. A la postre, el nacionalismo árabe y el nacionalismo estatal podrían haber fracasado en institucionalizarse por estar basados en el concepto del estado burocrático occidental, que podría no encajar bien en el “orden natural de las cosas” de las sociedades de Medio Oriente.

Moncef Kartas, Jr.*

Trad. I.R.M

*Doctorando en Ciencia Política del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra y Asistente de Investigación del Geneva Centre for the Democratic Control of Armed Forces.